

ciertos novelistas europeos contemporáneos» que cada año añaden obras detestables a los catálogos editoriales.

Sin embargo, las apostillas del crítico contienen otras inquietantes consideraciones sobre el silencio literario de Carpentier, coincidente con la etapa del *boom* en la narrativa latinoamericana. Aunque en múltiples estudios se le menciona como precursor del *boom*, no puede ocultarse que Carpentier fue muy crítico con las producciones novelísticas de contemporáneos y discípulos suyos que imprimieron aires de renovación a la novela y al cuento en América Latina en los 60. La nueva narrativa de García Márquez, Vargas Llosa, Donoso y Fuentes no sólo se le adelantó técnica y temáticamente, sino que terminó desplazándolo de los primeros planos de reconocimiento. Hay que señalar, además, que es una época cargada de responsabilidades para Carpentier como funcionario cultural y enviado gubernamental, lo que influyó sin duda en este descenso. González Echevarría opina que se trató de un repliegue estratégico posterior a *El Siglo de las Luces*, que aprovechó el escritor para meditar sobre los rumbos que debía tomar su creación y resurgir con un espíritu superador en *El derecho de asilo* (1972), *El recurso...* y *Concierto barroco*, obras que preconizaron la irrupción del posmodernismo.

Valen, asimismo, estas páginas para escuchar, en palabras de Carpentier, sus reproches personales —casi desconocidos hasta hoy— contra García Márquez y el crítico Angel Rama. De Rama dice que «demuestra una vez más que es del cono Sur» y «no acaba de entender el Caribe», cuando se extraña por el uso de vocablos mexicanos y centroamericanos empleados en *El recurso...* En el caso del autor de *Cien años de soledad*, Carpentier sale al paso a una entrevista aparecida en *Le Nouvelle Observateur*, en agosto de 1974, en la que García Márquez lanza fuertes dardos contra la izquierda latinoamericana y su apoyo a los movimientos revolucionarios en el continente, y fustiga por igual la sordera antidemocrática de la Unión Soviética, «la imbecilidad de los dirigentes chinos» y al régimen de Fidel Castro.

Aunque la mención a García Márquez aparece como un comentario al margen, enmarcado entre paréntesis, se convierte en el prin-

cipal atractivo de la carta, con un Carpentier obligado a cerrar filas junto al oficialismo prosoviético de La Habana:

«¿Ha leído usted la increíble entrevista de García Márquez publicada en reciente número de *L'Observateur* de París?... ¡Increible!... ¡Es que si sigue así acabará por hacerse aborrecer por la gente joven, lo cual no es destino enviable [sic]!... Lo peor no está en que niegue algo. Eso puede ser respetable.... Pero... ¡es que lo niega todo, todo, todo! Dan ganas de preguntarle (como tiene un ganas de preguntarle a Sartre, algunas veces)... pero... ¿con quién está usted? ¿Y dónde está usted? Esa gente me hace pensar en el famoso camaleón de Cocteau que, de tanto cambiar de color, acabó por morir de cansancio».

Cartas a Carpentier transparenta finalmente una lección valiosísima sobre las relaciones entre crítico y creador. Lo que nació como resultado de la curiosidad y la admiración de González Echevarría por la obra de Carpentier, se consolidó en poco tiempo como un fructífero vínculo intelectual y terminó por fraguar una amistad fundada en el respeto mutuo. Y, favorecida indiscutiblemente por el nexo común de la cubanidad, terminó por imponerse a las diferencias políticas e ideológicas. Resulta reconfortante que los mejores acercamientos críticos al escritor pertenezcan a un estudioso que lo miró desde la distancia, ajeno a los círculos de alabarderos oficiales y de carpentierólogos itinerantes por el reino de este mundo. ■

El espejo como umbral

JORGE LUIS ARCOS

VI. AA.

Cuba: contrapuntos de cultura, historia y sociedad / Counterpoints on Culture, History, and Society
Francisco A. Scarano/ Margarita Zamora (editores)
Ediciones Callejón, San Juan de Puerto Rico, 2007
411 pp. ISBN: 978-1881748-60-1

Es frecuente en el ámbito académico las memorias de congresos que funcionan como indispensable material de consulta, y, cuando son

fructíferas, suelen marcar un hito en el conocimiento de su objeto de reflexión. Ya va constituyendo una tradición que aquellos eventos cuyo tema es Cuba y que pretenden reunir físicamente a intelectuales que residen en la Isla y en la llamada diáspora sean mediados por la obscena intromisión de la política, lo cual no hace sino demostrar, como un síntoma más, que es una realidad convulsa, interesante y justamente proclive a ser estudiada y discutida por las más diversas voces y puntos de vista.

Como se explica prolijamente en su Presentación, este congreso no ha sido una excepción. Siempre estas experiencias tienen que atravesar el umbral que separa a un mundo cerrado, totalitario y antidemocrático de su reverso. Un salto en el espacio y en el tiempo a través de un espejo que refleja un camino turbio, una realidad de sucesivas máscaras. Aunque, a veces, la política preestablecida de la presunta sede democrática pueda también —como sucedió en esta ocasión— influir negativamente en el libre desenvolvimiento del evento, como si se tratara de una suerte de vestigio de la Guerra Fría. Todo ello contribuye, sin duda, a acentuar esa trágica y nefasta excepcionalidad o singularidad que marcan todavía cualquier manifestación de ese ente metafísico llamado «lo cubano».

No todos los invitados de la Isla pudieron asistir al evento, ya fuera porque no recibieron las visas correspondientes o por las presiones dentro de Cuba. Algunos tuvieron que contentarse con enviar su ponencia, perdiendo la oportunidad de participar en los debates. A su vez, los editores tuvieron a bien completar el conjunto de textos leídos en el evento, con otros escritos para otros fines. Al cabo, se logró una imagen híbrida, cuya única comunidad suele ser aquella que trata de reflejar algún aspecto de la cultura cubana. Así, el lector puede transitar desde una muy interesante revalorización del padre Las Casas —«Avatares del intelectual: Las Casas en Cuba», de Margarita Zamora— hasta diversos fenómenos culturales que fueron consecuencia del llamado Período Especial. Pero, acaso esta suerte de dispersión temática y temporal no hace sino enfa-

tizar en la necesidad de una mayor coherencia en la hermenéutica de una realidad ya enquistada o contenida dentro de la Isla y otra realidad en fuga fuera de ésta. Pudiera pensarse que el conocimiento es atemporal y que escapa a los meandros de la historia y la política. Este libro entonces vendría a probar lo contrario. Muy pocos textos se libran de una irrefrenable temporalidad y/o subjetividad.

Con muy pocas excepciones, casi todos los textos pueden soportar diversas y hasta antagónicas lecturas. Esto es una virtud. Parecen tratar de una realidad *novelable*, es decir, abierta o proyectada hacia un confín desconocido. Cuando pase el tiempo esta extraña fisonomía servirá para apresar la temperatura, la intensidad y la compleja imagen de un tiempo que no acababa de ser pasado... Pero esta virtud general puede ir acompañada de fatigosos hastíos, como aquellos que se derivan de la constatación de límites inexorables. Por ejemplo: la acuciosa y apasionada historia crítica del documental cubano de la Revolución, escrita por una inteligente mujer que vive dentro de la Isla —me refiero a Marina Ochoa y a su texto «Apuntes para un análisis del cine documental del ICAIC»—, no puede impedir que este lector note extraños saltos o se libre del estupor de que su misma discursividad no culmine en el juicio obvio. ¿Autocensura? Bien. Pero es que a veces son los matices que se pierden lo que más interesa de la realidad. Es cierto que todos debemos partir de que la realidad mirada (la cubana) y, sobre todo, también vivida, es una realidad —¿cómo no verla así?— esquizofrénica. Pero la crítica no puede avanzar coartada ya desde la raíz. Otro ejemplo, éste más angustioso: «Pasar por joven (con notas al pie)», de Arturo Arango. Como quiera que este prestigioso novelista pertenece a mi propia generación, su texto, que se pretende crítico o aleccionador, deviene, para mí, una máscara sobre otra máscara. ¿Cómo intentar siquiera valorar las consecuencias éticas del período llamado indistintamente «quinquenio gris», «década oscura», etc., como si fuera pasado, cuando la realidad última que lo sustentó permanece inalterable? ¿Es que puede haber

alguna esperanza de refundar algo dentro de un sistema que, justamente desde un mirador ético (por no hablar de otros), pertenece a la Historia Universal de la Infamia? El autor aduce que entrevistó a algunas de las víctimas más notorias de aquel período; pues bien, ¿dónde están esas entrevistas? O ¿es que ni siquiera esas entrevistas pueden salir a la luz (si es que realmente fueron transcritas)? ¿Fueron entonces conversaciones a oscuras? ¿No es tiempo todavía de que vean la luz? Y ¿por qué?, pregunto como un tonto. Las preguntas pueden ser infinitas, pero hay una certeza: todavía prevalece lo sombrío. Y quiero pensar que estas preguntas que me hago las propició el propio autor.

Más sugerente es un texto que antecedió a este congreso: «*As Dark as Very Dark*», de Ena Lucía Portela, ya incluido, en una versión más reducida, en la compilación de Iván de la Nuez, *Cuba y el día después*. Aquí sí se aprecia algo nuevo. Aquí hay una mirada definitivamente posrevolucionaria. Juego, ironía, en fin, libertad ensayística. Una mirada que desborda cualquier límite, acaso porque pertenece a un presente (singular, subjetivo) ahito de futuridad. Otro texto muy valioso es «Cuba desmantelada», de José Quiroga. Es acaso el texto más pletórico de sentidos que contiene esta compilación. Parte de la obra poética y, sobre todo, narrativa de Antonio José Ponte, y contiene un sinfín de miradas críticas muy penetrantes. Lo antecede en el orden del libro, precisamente un texto ya conocido de Ponte, «La Habana: un paréntesis de ruinas». Como la imagen de *Las comidas profundas*, ésta, la de las ruinas, devenida tópico insular, ya pertenece a una historia perdurable, la de la imaginación.

El libro se completa con otros ensayos: «El panteón en discordia: Revolución, disidencia y exilio», de Rafael Rojas, fragmento de *Tumbas sin sosiego*; «Antecedentes de la homofobia cubana contemporánea», de Emilio Bejel; «*Redefining Revolution in Cuba: Creative Expresión and Cultural Conflict in the Special Period*», de Lillian Guerra; «*Women and Household Change in the Special Period*», de Helen Safa; «*Manbisa and (Mala)Madre: the Mulata and Cuban American*

literature», de María del Carmen Martínez; «Un hueso es una flor», de Abilio Estévez (una interesante reflexión sobre el sentido de la muerte en José Martí); «*Casal, Martí and Late Nineteenth-century French and Cuban Painting*»; «*The Cuban-American Political Machina: Reflections on its Origins and Perpetuation*», de Alejandro Portes; «*In Search of Cuba: Remembering and Returning in the Writings of Cuban Novelists in Exilio*», de Marilén Loyola; «El Trinquenio Amargo y la ciudad distópica: autopsia de una utopía», de Mario Coyula, y un epílogo: «¿La isla que se repite? Contrapuntos cubano-puertorriqueños entre la Guerra Fría y el reencuentro», de Francisco A. Scarano.

Dada la variedad temática presentada, no puedo referirme uno por uno a cada texto para no rebasar los caracteres concedidos. El curioso lector podrá buscar la entrada que sea de su interés. Creo que en todos hallará valiosas e incluso polémicas reflexiones. Pero no quiero concluir esta reseña sin llamar la atención hacia un hecho que, si en primera instancia puede resultar algo extraño, ya va poco a poco adueñándose de una futura naturalidad: el complejo fenómeno cultural del bilingüismo. ¿Será ésta una imagen de la Cuba futura?

Hace unos años, en una entrevista que le hice a Roberto González Echevarría, al preguntarle el porqué de la ausencia de Martí como prosista dentro del canon occidental de Harold Bloom, me respondió; «Martí no viaja bien en inglés». Pero, ¿acaso es el idioma inglés —y no cualquier otro— una condición para pertenecer a un canon? Sin pretender agotar aquí tan complejo y contemporáneo asunto, sólo puedo indicar que este libro, por su propuesta bilingüe, parece apostar por una promiscuidad o simbiosis cultural ya de hecho preexistente a su manifestación lingüística. Parafraseo ahora un conocido juicio del propio Martí: *conocer(escribir) diversas literaturas (lenguas) es el mejor modo de liberarse de la tiranía de algunas de ellas*. En todo caso, esa Cuba futura existirá. Si perdura culturalmente, da lo mismo que sea sólo en español, en español y en inglés, o incluso sólo en inglés, aunque acaso prefiriéramos lo primero. ■